

el Puente: al-cántara, dicho en árabe. El puente, porque al parecer no había otro para entrar en la ciudad hasta la reconquista, y aunque el nombre que le ha quedado es árabe, es posible que su origen sea romano; pero nada queda de obra romana.

La historia y vicisitudes del Puente de Alcántara, están registradas en una inscripción que hay en el Torreón exagonal de entrada, por la parte de la ciudad. Lo que dicen los caracteres góticos es, en resumen que en el año 1257 hubo un gran diluvio y una gran crecida del río que arrasó el puente construido en el 387 de la Hégira por Allah, hijo de Mahomat Alameri, alcaide de Toledo, por mandato de Almanzor; y que fue restaurado a la sazón por Alfonso X el Sabio, en 1259.

El puente ofrecía la disposición característica de defensa militar, con dos torreones, uno en cada extremo y puertas y rastrillos en éstos. Dentro del único torreón existente, hay que admirar un bajorrelieve y doselete gótico con la escena de la imposición de la casulla a San Ildefonso. Por la parte de fuera, un característico escudo de los reyes católicos y, encima, un airoso matacán. La torre que había al otro fue demolida, construyéndose en 1721 un arco sin gran interés, con inscripciones alusivas a su edificación.

Siguiendo el curso del río,

vemos hoy un edificio moderno para albergar una turbina. En ese lugar aproximadamente estaba situado el famoso artificio de Juanelo, que es una de las cosas que más honda impresión dejó a los toledanos y a toda la nación.

El abastecimiento de aguas a la ciudad, fue siempre un problema que ya los romanos lograron solucionar gracias a un acueducto. De ese acueducto romano pueden aún verse algunos restos y machones por esta parte del río. Pero, destruido el acueducto, no volvió a intentarse la subida de aguas a la ciudad hasta el siglo XVI. En 1526, unos alemanes montaron un invento para subir agua a Zocodover; pero éste era muy complicado y duró poco tiempo. Para sustituirlo, Carlos V encargó al piemontés Giovanni Torriggino (Juanelo Turriano), que idease otro invento parecido. Juanelo, cuya casa estaba por esta orilla, puso en marcha su artificio en 1566, ampliándolo y mejorándolo en 1581. Pero la máquina era enormemente aparatosa y complicada y una riada se cargó el invento a los treinta años escasos de su puesta en marcha. Tras algunas tentativas de repararlo durante los reinados de los Felipe III y IV, se abandonó por completo la máquina, que, por otro lado había sido objeto de versos entre admirados e irónicos por parte de Góngora, Valdivielso y Quevedo.

Seguiremos nuestro paseo entre restos de machones y muros que nos recuerden el esplendor y locura de acueducto y artificio; restos de puentes y represas, molinos rotos ofreciendo una estampa puramente romántica... No es de extrañar que Bécquer incorpore en sus leyendas la silueta misteriosa de estos molinos en noche de luna: "Reinaba en la ciudad un silencio profundo, interrumpido a intervalos, ya por las lejanas voces de los guardianes nocturnos, que en aquella época celebran en derredor del Alcázar, ya por los gemidos del viento que hacía girar las veletas de las torres o zumbaba entre las torcidas revueltas de las calles, cuando el dueño de un barquichuelo que se mecía amarrado a un poste cerca de los molinos, que parecen como incrustados al pie de las rocas que baña el Tajo y sobre las que se asienta la ciudad, vio aproximarse a la orilla, bajando trabajosamente por uno de los estrechos senderos que desde lo alto de los muros conducen al río, a una persona a quien al parecer aguardaba con impaciencia". Es la judía Sara, de la "Rosa de Pasión".

continuará

De la "GUÍA SECRETA
DE TOLEDO" de
CARLOS PASCUAL